

"El cristiano del futuro o será un 'místico', es decir, una persona que ha 'experimentado' algo, o no será cristiano".

(K. Rahner).

Si se le preguntara a los transeúntes qué entienden por "espiritual"...

Las contestaciones serían muy distintas dependiendo del sujeto entrevistado, aunque sería fácil observar en ellas la presencia de una dicotomía o separación entre lo que se entiende por dimensión espiritual y las realidades terrenas. Lo espiritual se presenta como algo extraño y alejado de la vida normal de las personas.

A La moda

Aunque estemos a las puertas del siglo XXI, si se realizara una encuesta por la calle, parecida a las que emite la televisión, y se le preguntara a los transeúntes qué entienden por "espiritual", no sería raro encontrar respuestas como las siguientes: "Espiritual es lo opuesto a material". "Una persona espiritual es una persona virtuosa, alejada de las cosas vanas y mundanas". "Una persona espiritual es la que está preocupada por el mundo del espíritu, el esoterismo, el 'más allá'". "Una persona espiritual es la que hace mucha oración", etc.

Las contestaciones serían muy distintas dependiendo del sujeto entrevistado, aunque sería fácil observar en ellas la presencia de una dicotomía o separación entre lo que se entiende por dimensión espiritual y las realidades terrenas. Lo espiritual se presenta como algo extraño y alejado de la vida normal de las personas.

Sin embargo, para todo creyente la dimensión espiritual es algo esencial. ¿Cómo solucionar esa contradicción?, es decir, ¿cómo estar en presencia de Dios sin renunciar al mundo? El armonizar las supuestas "dos dimensiones" de la vida humana no ha tenido una solución fácil a lo largo de la historia del cristianismo.

Un poco de historia

Desde el inicio de nuestra religión estuvo presente el dilema planteado. En un mundo de cultura romana, pagano, tan ajeno a los valores cristianos, ¿cómo era posible ser fiel al consejo de "orar siempre"? Para algunos, la única solución posible fue la "fuga mundi": la huida del mundo posibilitaba el contacto con Dios. El desierto se convierte en el lugar idóneo para retirarse de la mundanidad. En consecuencia con ese planteamiento se potencia la idea de que el mundo es algo malo y opaco para el encuentro con la divinidad.

de los espiritualismos



Esa alternativa se traduce poco a poco en la creación de recintos en los que se pueda llevar ese estilo de vida. Los monasterios serán el producto final de tal proceso. San Benito, con su lema "Ora et labora", intenta establecer unas normas para integrar las dos posturas.

Una nueva alternativa la plantean los órdenes mendicantes (dominicos, franciscanos). Cuando Francisco de Asís afirma que "nuestro claustro es el mundo", es porque el mundo comienza a percibirse como algo positivo y autónomo. Si bien el esquema espiritual de este período se traduce en la frase: "contemplata aliis tradere", es decir, contemplar por un lado y transmitir a los otros lo contemplado, se sigue manteniendo la diferencia, unos son los que

pueden llevar ese estilo de vida espiritual y otros reciben las orientaciones de los primeros.

En plena edad moderna, Ignacio de Loyola da un vuelco radical a ese esquema. Ya no es necesario retirarse de la realidad terrestre, sino que es en ésta donde únicamente se puede realizar el contacto con Dios. Un discípulo suyo identifica ese nuevo estilo con la frase: "in actione contemplativus", hay que ser contemplativos en la acción. Todos los medios (Ejercicios Espirituales, Constituciones de la Compañía de Jesús) que ofrece Ignacio tendrán como objetivo conseguir que la criatura humana pueda llegar a esa situación vital. De ahí que el jesuita no deba alejarse del mundo, sino integrarse en él. Ese

estilo se traduce en detalles tan significativos como el evitar el "hábito religioso" (no necesita una distinción especial, sino que debe vestir como los clérigos del lugar), o el "coro clásico de las órdenes conventuales" (la oración de las horas en común, obstaculizaría su apostolado, etc.). Sin embargo, las consecuencias de tal planteamiento no son fáciles de asimilar y la tentación para mantener la separación espiritual-material ha estado siempre presente.

Contemplando la realidad actual se podría establecer una serie de tipologías sobre el modo de vivir la dimensión espiritual. Todas las tipologías son un "falseamiento" de la realidad, pero pueden servir para ayudarnos a la descripción de la misma.

Tipologías

¿Cómo integrar las dos dimensiones? Dependiendo de la forma en que se afronte la realidad podrían establecerse varias dimensiones:

1. Aquellos que la "evitan" totalmente. Se distinguirían:

-Los "satélites" o "extraterrestres". Algunos identifican el ser espiritual con "no pisar tierra". Da la sensación de que la espiritualidad significa vivir en una atmósfera distinta a la humana. Se manifiestan externamente en determinados estilos de conducta o hábitos de vida (formas de vestir, aislamiento, etc.). En el fondo lo que se pretende es no "contaminarse" con las realidades terrenas.

-Los "cometas". Para ellos su forma de contacto con la realidad se asemeja al juguete de algunos niños que se mantiene en el aire, aunque de cuando en cuando cae a la tierra. Sin embargo, inmediatamente retorna el vuelo y vuelve a su clima vital de la altura.

-Los "ausentes". Se caracterizan por su "desconexión", o alejamiento de la realidad. La diferencia con los tipos anteriores se basa en que personalmente tienen la sensación de estar inmersos en su entorno. Sin embargo, están ocupados en "sus cosas" (lecturas, grupos afines, etc.) y la realidad cotidiana ni la huelen.

2. Los que la "afrontan" de manera especial:

-Los "tristes". Destacan por su tristeza y amargura vital. Se identificaría ser espiritual con ser el "Pepito Grillo" social que está continuamente creando mala conciencia. La unión a Dios se corresponde con una mayor dosis de amargamiento personal que expresan mediante su semblante y compostura severa. Santa Teresa decía aquello de que "un cristiano triste es un triste cristiano".

-Los "videntes". Hoy más que nunca, ante la aparente falta de "signos divi-

nos", se echa mano de todo lo posible para invitar a la adoración y la trascendencia. Normalmente se suelen repetir los objetos con capacidad transmisiva de los mensajes divinos: las fuentes, un árbol, un monte, etc. Existe una necesidad imperiosa por descubrir fenómenos "paranormales". En el fondo se identifica la espiritualidad con la "parapsicología" (más bien sería con la sugestión de masas y la charlatanería de feria).

-Los "orientales". Existe un auge de todo el mundo oriental: cursillos, métodos de oración, retiros, etc. El peligro es identificar el fin con el medio, es decir, las técnicas orientales pueden venir muy bien para conseguir tranquilizarnos, desconectar del bullicio, etc., pero el cristiano no tiene como objetivo únicamente el ensimismamiento y conseguir la paz interior. ¿Por qué tienen tanta aceptación estas técnicas? Vienen muy bien para reforzar el esquema occidental de "mirarse el ombligo", potenciando la interiorización, identifican la espiritualidad con el "estar a gusto".

-Los "formalistas". Se reduce la dimensión espiritual con el cumplimiento de determinados ritos. Muchos movimientos religiosos que pretenden una renovación frente a la propia rutina de la liturgia o la práctica de la fe, etc., caen fácilmente en posturas "fundamentalistas". Así, sólo en tanto en cuanto se sigan las etapas o se cumplan los ritos se podrá realizar una "auténtica experiencia cristiana". Estas rutinas ahogan más que liberan a las personas.

-Los "horizontalistas". Se disuelven en la acción. Son el polo opuesto de los que no pisan tierra. Estos están tan metidos en la realidad que no tienen distancias frente a ella, todo "el matorral les impide ver el bosque". Están tan comprometidos con la tierra que abandonan cualquier otra dimensión trascendente por inservible.

Pistas para una espiritualidad sin espiritualismos

1. La primera nota que debe caracterizar a toda espiritualidad cristiana es la actitud de apertura a un "Dios incomprendible". Frente a un mundo que busca seguridades, vivir la dimensión espiritual es afrontar el riesgo de la apertura al "misterio" de la vida. Quien es capaz de vivir con ese Dios incomprendible y silencioso, quien no pierde el ánimo de hablarle con fe en su "lejanía", quien le habla con confianza y sencillez, aunque aparentemente no reciba más respuesta que el eco vacío de su propia voz, ése es un hombre de oración.

De esta manera la oración deja de ser una continua "petición" a Dios, para convertirse en un "abrirse" el corazón y dejarse penetrar de la incomprendibilidad de Dios como amor, único capaz de escuchar siempre al hombre. Esa apertura al "misterio" incomprendible elimina la tentación de hacer un Dios a nuestra imagen y semejanza, o un Dios manejado por nuestros intereses o necesidades. Dios no es el "refugio" o el "conseguidor" que según nuestro interés estará disponible para solucionar nuestros problemas.

A su vez, sin esa actitud de profunda apertura al misterio de Dios es difícil contemplar el mundo como "hechura de sus manos" y por ello, no es extraño que el compromiso se diluya, poco a poco, en un puro activismo.

2. Desde la encarnación del Hijo de Dios, no son necesarios signos "extraordinarios" para invitar a la trascendencia. La mediación real hacia Dios reside en el trato dado al hombre, o mejor dicho, al "no-hombre", es decir, al ser humano impedido en la realización de su humanidad. "Quien dice que ama a Dios a quien no ve y no ama a su hermano al que ve, es un embustero" (1 Jn. 4,20).

Por interés profesional y vocacional he asistido a supuestas "manifestaciones"

de seres divinos (no está muy lejano el Palmar de Troya o diversas apariciones marianas), siempre me ha llamado la atención que la divinidad, ante los grandes problemas que hay en el mundo (hambre, injusticia, guerra, etc.), sólo quiera que le construyan una basílica y le recen determinadas oraciones. Puede ser más fácil ver a Jesús en la estatua de un templo que en un niño famélico de Ruanda. Desgraciadamente, no hemos asimilado el mensaje de Pablo quien afirmaba que cada persona es templo de Dios (1 Cor 6,19).

Tal vez por desconocimiento, tales planteamientos creyendo que responden a una respuesta de fe, lo que manifiestan es una gran falta de la misma y no haber comprendido la experiencia de la oscuridad de la fe. Por ello, necesitan permanentemente "signos" externos para mantener la llama viva de esa supuesta fe.

Por contra, hoy es imposible querer llevar a cabo una vida cristiana sin estar comprometidos con el mundo, sin "ser fieles a la realidad". Frente a la "fuga mundi" el periódico nos tiene que estar interpellando continuamente. Los grandes "místicos" (Francisco de Asís, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Ignacio de Loyola, Charles de Foucault, etc.) han sido personas fieles al presente que les ha tocado vivir.

3. Nuestro termómetro de "salud" espiritual estará en relación con el grado de apertura que tengamos hacia "el otro". Es necesario insistir en la idea de la "paz interior". No es correcto identificar "vida espiritual" con "ensimismamiento" o "emocionalismo". Es bueno potenciar la autoestima, y todo el mundo interior de las sensaciones (sin una maduración humana, difícilmente se dará una maduración espiritual), pero si no se tiene en cuenta al "otro", lo que se trabaja es el propio narcisismo.

En oposición, el objetivo del estilo de vida cristiano es vivir una fe comprometida que cuestiona la realidad y es cuestionada por ella. Su fin no es el "es-

tar a gusto" entre un grupo de iguales. No es raro observar cuando se visita un convento de clausura la inquietud que tienen por todos los problemas del mundo; su oración, el propio trabajo que realizan, no es para sí, sino para los demás.

En muchos movimientos en apariencia espirituales lo único que se fomenta es el "emotivismo" y la "evasión de la realidad". Cuando se afirma en los medios de opinión pública que se detecta un interés creciente por la espiritualidad, lo que normalmente sucede es que se está identificando espiritualidad con esoterismo. Mención aparte merecen todos los grupos sectarios (New Age, Nueva Acrópolis, Iglesia de la Ciencia, etc.) que bajo una imagen ingenua de espiritualismo lo que pretenden es la manipulación de los sujetos. Ese tipo de espiritualidad sí que puede ser definida como "opio del pueblo". Como afirma Benjamín González Buelta, jesuita que trabaja en la República Dominicana, "cuando la Iglesia latinoamericana ha empezado a mirar hacia abajo, el imperio nos está invadiendo con sectas que nos invitan a mirar hacia arriba"¹.

4. Desde esta perspectiva, la dimensión espiritual no es un "privilegio" de unos pocos elegidos. Todo cristiano por el hecho de serlo ha de cultivarla e integrarla en su hacer cotidiano. El sujeto ya no es un receptor pasivo sino protagonista activo que se pone en actitud de apertura al misterio, comprometiéndose con su realidad presente. La propia denominación de Ejercicios Espirituales de Ignacio de Loyola, por ejemplo, expresa tal idea. Su objetivo es poner al sujeto en relación con su Creador, pero para ello tendrá que salir de sí mismo, abrirse al misterio y la conclusión final de tal proceso será la "contemplación para alcanzar amor", es decir el "hallar a Dios en todas las cosas", comprometiéndose plenamente con la vida.

5. La dimensión espiritual tiene que traducirse en un estilo de vida ascético.

Sin embargo, esta ascética no debe ser interpretada como una coacción externa. Vivida así aparece más como un castigo que como una dicha. Que sepamos, los grandes santos no han sido precisamente unos grandes amargados, sino amantes de la vida, la naturaleza, las obras del creador, etc. Es característico que éstos en un primer momento de su conversión, intentan realizar comportamientos extremos. Por ejemplo, Ignacio de Loyola se dejó crecer los pelos, vestía con un saco, etc. Posteriormente, serán conscientes de la importancia de sacrificarse en lo ordinario y cotidiano.

Sería una ascética que surge no de la imposición sino de la libertad, de la responsabilidad y la solidaridad con los maltratados de la historia. Por ejemplo, desde el primer mundo puede plantearse como una "ascética de la austeridad" al estar abierto a Dios, se es capaz de renunciar libremente y se acepta no llenar la vida con miles de cosas inútiles; o bien como una "ascética de la solidaridad" que comparte lo que tiene (trabajo, riquezas, etc.) con el que no tiene. ¿Qué estilos de vida llevamos los que nos llamamos cristianos?

En definitiva, sólo maduramos como cristianos integrando las dos "dimensiones" y ello es posible a través de la "autodonación", abriéndonos, saliendo afuera, amando y compartiendo. Por tanto, espiritual no tiene nada que ver con espiritualismo o evasión de la realidad. Desde la experiencia de la fe no se presenta como algo ajeno al ser humano. Quien se abre al "misterio de Dios" es capaz de ver la realidad con ojos distintos, y "hallar a Dios en todas las cosas".

¹ González Buelta, B.: *Bajar al encuentro de Dios. Sal Terrae, Santander, 1988.*